

Duran-Jorda: Un gran olvidado

Joaquin Rábago

Publicado en Tiempo de Historia nº 48 de agosto de 1978



Si, como se ha dicho y repetido nuestra guerra civil fue el banco de pruebas donde algunos de los futuros contendientes en el conflicto mundial ensayarían sus nuevas Cada vez más mortíferas armas, corresponde, como compensación El honor a nuestro bando republicano el haber dado importantes pasos este terreno de la sanidad militar gracias a una serie de técnicas revolucionarias que habrían de salvar innumerables vidas durante la posterior conflagración.

El mérito de estos logros de nuestra sanidad militar es atribuible fundamentalmente a dos catalanes: El Doctor José Trueta, que se ha ganado ya un puesto en la historia de la medicina por sus innovaciones en el tratamiento oclusivo de las heridas, y el doctor

Durán-Jordá, al cual tan solo ahora se empieza a rescatar de ese denso olvido que ha pesado sobre buena parte de nuestras figuras del exilio. Y ha comenzado a conocerse gracias al apasionado interés de un escritor paisano, José Carol, quien, en un artículo aparecido en «La Vanguardia» en noviembre de 1976, abogaba por el estudio de la figura y la obra de «ese gran compatriota y eminente médico que amó apasionadamente a Cataluña». Predicando con el ejemplo, el autor de aquel trabajo periodístico dedica ahora al gran hematólogo una igualmente apasionada miniatura biográfica bajo el título de Federico Durán-Jordá: el combatiente de la sangre (1).

Medularmente catalán, nacido por azar en Barcelona, en 1905, por más que todos sus juegos de infancia transcurrieron en Martorell, discípulo de Ferrer y Cagigal, Pi Sunyer y Trías Pujol, entre otros, perteneciente a la promoción que salió de la Facultad de Medicina barcelonesa en 1928, el doctor Durán-Jordá fue desde su juventud ferviente europeísta, hombre de izquierdas y defensor consecuente de una medicina socializada, a cargo del Estado.

Al poco tiempo de estallar la guerra, el Dr. Durán-Jordá es colocado al frente del Hospital de Sangre, instalado en la antigua clínica de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, de la que se habían incautado la UGT y el PSUC, partido en el que militaría el Dr. Durán-Jordá. Este, que se había especializado en hematología dedicó al tema varios estudios, por cierto que en catalán, desmintiendo así la supuesta incapacidad de esa lengua como vehículo de conocimientos científicos, logró poner a punto un pequeño pero efficacísimo aparato para la transfusión de sangre, de fácil manejo por personas con un mínimo de conocimientos técnicos.

El sistema montado por el equipo del Dr. Durán-Jordá hizo posible la conservación del líquido humano hasta un total de 18 días y su traslado a una distancia de trescientos kilómetros. Cuántas vidas de soldados se lograron salvar gracias a aquel sistema de clasificación, conservación, transporte y transfusión de sangre es algo que naturalmente no sabremos nunca con exactitud.

Por desgracia, sin embargo, los logros de la sanidad republicana no encontraron su paralelo en una victoria militar del Ejército leal al gobierno de Madrid. Y tanto el doctor Trueta como el doctor Durán-Jordá, que estuvieron ligados siempre por una profunda amistad que perduraría en el exilio, hubieron de pasar a Francia con las últimas tropas republicanas. Más tarde, el biografiado se establecerá en Gran Bretaña, cuya nacionalidad adquirirá eventualmente. Allí llegará a dirigir, en Manchester, un departamento de hospital, publicará trabajos, algunos directamente en inglés, sobre hematología y patología, en el prestigioso «The Lancet», e incluso escribirá un capítulo del libro dedicado por Trueta a la cirugía de guerra. En aquella industriosa ciudad inglesa, fallecerá Durán-Jordá en 1957, víctima de la leucemia.

Ni que decir tiene que ninguna calle de Barcelona recuerda hoy su nombre. Los nombres de las calles quedan reservados para los generales de la «victoriosa cruzada»

J.R.

(1) Ediciones Ronda. Barcelona, 1978.